

Una dinastía granadina

Andrés Ollero Tassara

Sevillano de nacimiento, experimento cierta sensación de riesgo al adentrarme en territorio granadino, dados los tópicos acumulados por sus propios protagonistas sobre sus esencias características, que —en contra de lo habitual— no los muestran encantados de haberse conocido, sino más bien dados a una mutua crítica, de la que suelen indultar al forastero.

Únase a ello mi admiración de discípulo y mi afecto personal a un granadino ejemplar —Nicolás María López Calera— que llegó a esbozar, en recuerdo sin duda de su formación académica inicial, incluso una ontología local (*Ser granadino. Ensayo de una ontología débil*, Granada, Comares, 1998).

Mi primera visita a Granada, y probablemente mi primera salida de Sevilla, debió producirse con unos doce años (1956), con motivo de una excursión de alumnos del colegio jesuita de Portaceli. Un viaje en tren sin prisas —las comunicaciones de Granada, con su entorno y a mayor distancia, siguen sin caracterizarse por una velocidad vertiginosa—, probablemente en tercera clase. De él recuerdo —como si de un rito se tratara— la compra generalizada por parte de los expedicionarios de una pieza de alfarería con agua de Loja, para entretener los kilómetros.

Algunos otros recuerdos me llevan a evocar que pernoctamos en camas acumuladas en el aula magna del Colegio Máximo de la Cartuja, así como una visita al observatorio astronómico del citado centro. Esta coincidió con una inesperada alteración de los aparatos sismográficos, no debida —como era de temer— a algún desafuero de los visitantes, sino a la probada querencia sísmica de la zona atarfeña.

Valga como último recuerdo, mi primera visita a la basílica de las Angustias, tan repetida luego a lo largo de los años...

Uno de los tópicos más manoseados es sin duda el de Granada como ciudad cerrada y hermética, por cuyos entresijos no sería nada fácil circular. Quizá mi vinculación al granadino Colegio Mayor Albayzín, por entonces pasajera y ubicado en la calle de las Tablas, me llevó a disfrutar pronto de una primera tertulia con figuras tan granadinas como Joaquín García Romanillos, Manuel Pérez Victoria de Benavides o Luis y Miguel de Angulo.

Con posterioridad, mi interés por la vida pública me llevó a constatar una aparente contradicción. Buena parte de los políticos locales —sobre todo al avanzar la transición democrática, no eran granadinos; con el tiempo, yo mismo incluido—; asunto difícilmente compatible con cerrazones herméticas. Quizá ello se debiera al

escaso prestigio de la clase política del régimen, que contrastaba con un concepto granadino del señorío más vinculado a la excelencia profesional que al batiburrillo político. Pienso —y voy aterrizando...— en un Antonio Gallego Burín, un Miguel Rodríguez-Acosta, un Matías Cortés Martín, un José Luis Pérez Serrabona o un Antonio Marín Ocete.

Queda pues inaugurada la dinastía. No tuve la suerte de conocer a don Antonio padre, pero sí a comprobar su notable prestigio y su afán por sentirse útil ante los problemas de su Granada natal.

A su hijo, Antonio Gallego Morell, sí tuve ocasión de conocerlo y tratarlo, dada su destacada presencia en la vida universitaria y al hecho de que —como alguno de los ya citados— no tuvo problema en ocupar cargos políticos, desde los que demostrar sus desvelos por Granada.

Dada mi llegada a Granada en octubre de 1965, lo veo colaborando con la estructura del novedoso Ministerio de Información y Turismo, con el huracanado Fraga a la cabeza, al que secundaba otra figura con antecedentes universitarios granadinos como Pío Cabanillas.

Mi vinculación al Colegio Mayor Albayzín, me hacía heredero de hombres tan dispares como el latinista Antonio Fontán y el infatigable José María Fernández Ros. Este último fue el motor capaz de remozar con esmero el abandonado Albergue Hoya de la Mora en Sierra Nevada, convirtiéndolo —con el Universitario, al mando de Antonio Zayas— en referencia obligada de la zona entonces activa; a la espera del futuro Centro de Alto Rendimiento deportivo. No faltó allí algún contacto con los ya mentados, como motivo de ocasionales visitas o entrega de trofeos.

Debo reconocer que, quizá por la novedad, me llamó especialmente la atención el desvelo de Antonio Gallego Morell por Granada, con motivo de la resurrección, de la que fui testigo, de la olvidada tradición de las Cruces de Mayo. Algo había llegado a mis oídos de su historia, pero pude seguir de cerca su afán por conseguir —de modo especial en el Albayzín— que se multiplicaran por plazas y rincones, con un sabor inicial rebosante de casticismo, con sus tijeras y sus prohibidos peros, que con los años perderían cierta pureza a golpe de barras de cerveza y sus secuelas.

El protagonismo universitario de Antonio Gallego fue *in crescendo* hasta llegar al rectorado de la Universidad. Por mi parte, tras la defensa de la tesis doctoral, me convertí por concurso en Profesor Adjunto de Universidad y, pronto, quedé integrado en el recién creado Cuerpo de funcionarios, como uno de sus más jóvenes miembros. En condición de tal fui elegido por mis compañeros presidente de la asociación de dicho profesorado y, en consecuencia, miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad. Esto facilitó la frecuencia de mi contacto con el Rector y, con ella, la posibilidad de apreciar muchos detalles de su tarea.

La figura de Antonio Gallego Morell pertenece ya a la historia centenaria de la universidad granadina. Personalmente, me agrada mucho su peculiar postura en el óleo que le inmortaliza en la galería de rectores. Incorporado hacia adelante, con

un aire marcadamente activo, parece que en cualquier momento puede sonar como música de fondo un martinete.

La dinastía continúa. No solo en Miguel, promotor de este merecido libro, sino —en lo que a mí respecta— en su hermano Javier Gallego Roca. Esto me traslada ya a mi cuarta legislatura como diputado por Granada, condición que será para mí insuperable motivo de orgullo. Ya en mis años en la oposición, me he interesado por el futuro del antiguo Hospital Militar, destinado a desaparecer, al reorganizarse la presencia militar en la provincia. Su estratégica presencia en el Campo del Príncipe merecía una dedicación digna de la ciudad.

Javier Gallego vislumbró la posibilidad de situar allí dependencias destacadas de la Escuela de Arquitectura, para lo que contó con mi total apoyo. No era sin duda gran cosa, pero pronto llevó consigo también el del Secretario de Estado de Cultura, Miguel Ángel Cortés, hombre de exquisito gusto y, en consecuencia, gran admirador de Granada. La visitó con frecuencia, reuniéndose con figuras de su vida cultural o patrocinando ciclos internacionales de conferencias.

Recuerdo la rueda de prensa celebrada el 4 de enero del año 2000, con el tremolar de la Toma aún en el aire, anunciando una inversión millonaria en el edificio, con cargo al 1% cultural derivado de las obras públicas en marcha en la provincia; antes de que visitáramos el Monasterio de San Jerónimo, de cuyas obras también se estaba ocupando.

En las ciudades con solera siempre hay familias que van dejando honda huella, como consecuencia de una preocupación, reiteradamente heredada, por su futuro. Es de justicia levantar de ello acta.

Antonio Gallego Morell
Memoria viva en su centenario
(1923-2009)

Edición al cuidado de
Miguel Gallego Roca

Granada
2023



Antonio
Gallego Morell

Memoria viva
en su centenario

eug